



Archidiócesis de Toledo

EQUIPO DE DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

Síntesis de los Trabajos Realizados



EN CAMINO HACIA EL SÍNODO DIOCESANO. EQUIPO DE DISCERNIMIENTO COMUNITARIO ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO.

1. Introducción.

Como todos sabemos, desde que nuestro Arzobispo D. Francisco inició su ministerio pastoral en nuestra Archidiócesis de Toledo, manifestó su firme deseo de convocar un Sínodo Diocesano. Para ello, en diálogo con él, planteamos una Propuesta Pastoral Presinodal en la que a lo largo de estos tres últimos cursos hemos ido profundizando en las distintas vocaciones que conforman el Pueblo de Dios: vocación laical, vocación a la vida consagrada y vocación sacerdotal. Este itinerario nos está ayudando, como comunidad diocesana a conocer mejor las riquezas de cada una de las vocaciones y a la vez a poner en valor la complementariedad de ellas, cómo nos necesitamos unos a otros. Laicos, Vida Consagrada y Sacerdotes estamos llamados a descubrir la Alegría de Caminar Juntos.

Como complemento de esta Propuesta Pastoral Presinodal, se ha creado este reducido equipo de trabajo, del cual formas parte, para que, a la luz del Espíritu Santo, hagamos juntos un ejercicio de discernimiento, descubriendo lo que Dios quiere de nosotros como Iglesia Diocesana. Como fruto de este ejercicio de sinodalidad y discernimiento, ofreceremos las conclusiones de este trabajo a nuestro Arzobispo para que puedan ser tenidas en cuenta a la hora de plantear los diferentes temas y líneas de trabajo de cara a la realización de nuestro Sínodo Diocesano por parte de los órganos competentes: Consejo Episcopal, Consejo Presbiteral, Consejo de Pastoral Diocesano... Es muy importante subrayar que nuestro cometido simplemente es un ejercicio de discernimiento comunitario.

Os invito a comenzar este trabajo poniéndonos a la luz de la Palabra de Dios y bajo la inspiración del Espíritu Santo. Si miramos un poco la acción pedagógica de Dios descubrimos que lo primero que realiza en su creación es separar el caos, la confusión, dándole orden. La Palabra ordena. Esta primera acción alude a algo tan sencillo como dar nombre o nombrar, es decir, dar identidad a las realidades creadas y a las criaturas. El orden y el nombre son actos del discernimiento que producen el mejor de los frutos de la Creación: ver lo bueno, que no es un bien personal e individual, sino fundamentalmente colectivo (bien común). No es nada arriesgado pensar que si el hombre y la mujer somos «Imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,26),

tenemos esa capacidad creadora del discernimiento a partir de tres actos: el de ordenar, el de nombrar y el de ver lo bueno. Este será precisamente el objetivo de este trabajo.

¿Cómo lo vamos a llevar a cabo? De una manera muy sencilla. iremos planteando en cada sesión una serie de interrogantes para que, tras un ejercicio de oración y discernimiento, seamos capaces de ordenar, nombrar y ver lo bueno que tenemos como Iglesia Diocesana para seguir potenciándolo y a la vez, ver nuestras carencias y dificultades para poner los medios necesarios para superarlas.

Como podréis observar, el equipo está formado por los tres Vicarios Episcopales Personales: D. Raúl Muelas, vicario para la Vida Consagrada, D. Carlos Loriente, vicario para el Clero y D. Enrique del Álamo, Vicario para Laicos Familia y Vida. Del mismo modo hay un grupo de 7 sacerdotes, 3 miembros de la Vida Consagrada y 10 laicos. Es preciso subrayar que cada uno de los miembros de este equipo estás aquí de manera personal, en ningún momento se os convoca en representación de ningún movimiento, asociación o colectivo. Lo único que se pide es un conocimiento suficiente de la realidad diocesana y libertad para hacer las aportaciones que sean precisas.

2. Discernir.

Discernir, pues, consistirá en el reconocimiento de la acción del Espíritu de Dios en la persona de Jesús: el Hijo de Dios, por lo que el discernimiento lejos de ser una metodología o una simple práctica es, ante todo, una disposición vital. El mismo Espíritu que se derrama por su gracia desde la Anunciación (cf. Lc 1,35). Será la voz del mensajero de Dios quien susurra la acción del Espíritu a José acerca de la concepción de María (cf. Mt 1,18). Isabel y el viejo Simeón lo reconocerán: el Espíritu de Dios se hace visible y se manifiesta. Sin embargo, hay quienes se resisten a reconocerlo. Es el caso del rey Herodes (Mt 2, 5-6). El discernimiento en el Evangelio apunta a una condición exigente para reconocer el Espíritu de Dios: la escucha. María escucha la promesa divina, acogiendo la Palabra (Lc 2, 50). La escucha ofrece los elementos necesarios de lo que sucede en los más profundo de nosotros mismos. La escucha forja la sagacidad necesaria y dispone un estado de vigilancia para que los deseos salvajes no conduzcan al hombre a la muerte (cf. Pastor de Hermas). Es la única petición de Salomón en Gabaón: «*Dame, pues, un corazón atento para gobernar a tu pueblo y para distinguir entre lo bueno y lo malo*» (1Re 3, 9). Ya a lo largo del ministerio del ministerio público de Jesús la invitación al arrepentimiento

hace suponer este discernimiento, es decir, a la escucha en clave sapiencial para revestirse de la gloria de Dios y para resistir a la amenaza del mal. Es por todo esto que bien podemos decir que la condición indispensable en el discernimiento es la escucha. Sin ella, todo se desvanece y languidece.

Como nos dice el Papa Francisco en *Christus Vivit*, cuando se trata de discernir hay que empezar preguntándose: «¿me conozco a mí mismo, más allá de las apariencias o de mis sensaciones?, ¿conozco lo que alegra o entristece mi corazón?, ¿cuáles son mis fortalezas y mis debilidades? Inmediatamente siguen otras preguntas: ¿cómo puedo servir mejor y ser más útil al mundo y a la Iglesia?, ¿cuál es mi lugar en esta tierra?, ¿qué podría ofrecer yo a la sociedad? Luego siguen otras muy realistas: ¿tengo las capacidades necesarias para prestar ese servicio?, o ¿podría adquirirlas y desarrollarlas?» (ChV 285).

Dicho todo esto podemos concluir este apartado diciendo que discernir no es “preguntarse por preguntarse”, ni revisar, ni evaluar lo que hacemos. No. Ese no es el objetivo de nuestro trabajo. No se trata de preguntar, sino fundamentalmente, de responder y revisar si las respuestas ya dadas son las oportunas. Si hubiera que hacerse algunas preguntas, estas no serían las nuestras, sino las que Dios nos puede lanzar.

Estamos tratando de dar respuestas desde nuestras diferentes realidades eclesiásicas, pero quizás resulta oportuno plantearnos entre todos cuál es, realmente, el desafío al que queremos responder en el momento presente.

En la vida de la Iglesia y del cristiano, muchas cosas nos vienen dadas y sólo se trata de aplicar la fe, con los datos de la Revelación para obrar según Dios. Pero en muchos otros campos, nuestras decisiones tienen que partir de la escucha de las mociones del Espíritu Santo. El Señor ha querido iluminar nuestra libertad, y los proyectos que secundan la voz del Espíritu son los que producen fecundidad y vida. El ejercicio de este discernimiento comunitario nos permitirá acercarnos, con óptica teológica, a los retos que la Iglesia en Toledo tiene en este momento y obrar en consecuencia, buscando el agrado de Dios y el bien de los hombres.

3. El análisis DAFO

Antes de establecer las líneas de acción o los temas que desarrollaremos en nuestro Sínodo Diocesano, es importante tener una idea clara de dónde estamos: nuestro punto de partida. La matriz DAFO (también llamada FODA) es una herramienta para conocer la situación real en la que se encuentra una organización o proyecto, y así poder planificar una estrategia de futuro.

DAFO es el acrónimo de Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades. Es una metodología aplicada y probada en numerosas organizaciones cristianas y, siguiendo la experiencia del padre J. Mallon, también lo podemos aplicar a nuestra diócesis. Nos proporciona un diagnóstico claro de cómo estamos como Iglesia Diocesana, y esta información nos permitirá tomar las decisiones estratégicas oportunas: decidir en qué nos vamos a concentrar en los próximos años y a qué vamos a dedicar nuestro tiempo, esfuerzos, recursos y oración.



El DAFO es una matriz como la que se muestra en la figura más abajo, que sirve para llevar a cabo un análisis tanto de nuestra situación interna como de nuestro entorno externo.

Las fortalezas y debilidades son características internas a nuestra diócesis: por lo tanto, tenemos un cierto grado de control, podemos influenciarlas. Las oportunidades y amenazas son factores del entorno externo, por lo que están fuera de nuestro control, pero podremos aprovecharlas o prepararnos ante ellas si primeramente las tenemos identificadas.

Puede que intuitivamente ya tengamos una idea de cómo estamos actualmente como diócesis, tanto a nivel interno como externo. Lo que esta herramienta nos permite es obtener más datos y hechos en los que basar nuestro plan estratégico a corto, medio y largo plazo.

Es importante llevar a cabo este análisis para cada uno de los 5 elementos principales en la Iglesia Primitiva (Hch 2, 42-47): Formación, Oración-Liturgia, Caridad, Evangelización y Comunión.

Fortalezas: Son todas aquellas capacidades, dones, talentos y recursos con los que cuenta la diócesis. Es importante identificarlas para poder mantenerlas y hacer uso de ellas, o incluso desarrollarlas. Para identificarlas podemos responder a las siguientes preguntas:

- ¿Qué es lo que hacemos bien como diócesis?
- ¿Cuáles son nuestros puntos fuertes en cada uno de los 5 elementos?
- ¿Con qué recursos únicos contamos? (personas, finanzas, edificios, etc.)
- ¿Qué es lo que más valora nuestra sociedad de nosotros como Iglesia?
- ¿Qué puntos fuertes ven en nosotros otras diócesis, otras instituciones?
- ¿Qué factores hacen que las personas se acerquen?

Debilidades: Son aquellos factores de los que la diócesis carece o en los que podemos mejorar. Es importante reconocer estas debilidades para poder corregirlas o, al menos, minimizarlas de manera que no sean un obstáculo para la implementación de nuestros planes. Para identificar las debilidades podemos responder a preguntas como:

- ¿Qué perciben nuestra sociedad como nuestras debilidades?
- ¿En qué podemos mejorar en cada uno de los 5 elementos?
- ¿Cómo estamos organizados?
- ¿Qué, de lo que hacemos, hace que la gente se aleje?
- ¿En qué áreas tenemos menos recursos o experiencia en comparación con otras diócesis?

En el análisis externo, identificaremos los factores claves que, a pesar de

estar fuera de nuestro control, nos pueden influir directamente de forma positiva (oportunidades) o negativa (amenazas), como, por ejemplo, la demografía (en especial, el envejecimiento de la población, la disminución en los nacimientos...), nuevos hábitos de las personas, otras opciones espirituales, cambios tecnológicos, etc.

Oportunidades: son factores externos positivos y con posibilidad de ser aprovechados por parte de la diócesis para conseguir la visión. Para identificar las oportunidades podemos responder a preguntas como:

- ¿Qué nuevas necesidades existen en la sociedad donde podamos contribuir?
- ¿Qué cambios demográficos, de estilos de vida, sociales, tecnológicos, etc. se presentan en nuestro entorno?
- ¿Qué tendencias o hechos de nuestro entorno podemos aprovechar para tener un impacto positivo en la sociedad?

Amenazas: son aquellos factores externos que pueden poner en peligro la supervivencia de la parroquia/diócesis, pero si los identificamos con suficiente antelación podremos tomar acciones para prepararnos. Para identificar las amenazas de nuestra parroquia, podemos responder a preguntas como:

- ¿Qué obstáculos podemos encontrarnos?
- ¿Qué tendencias o cambios en las tradiciones/cultura de las personas podrían afectarnos negativamente?
- ¿Existen problemas de financiación?
- ¿A qué amenazas nos exponen nuestras debilidades?

4. Algunas recomendaciones a la hora de realizar el trabajo:

Para hacer bien este trabajo es importante que tendamos a resumir las ideas para eliminar duplicidades y agrupar elementos similares. Tenemos que intentar limitar el número de elementos de cada respuesta (no es recomendable incluir más de 5 ó 6). Si nos excedemos con los elementos, nos encontraremos con dificultades para su priorización.

Este trabajo tiene que reflejar los puntos clave a partir de los cuales se elaborarán las metas/objetivos, los planes y las acciones.

Del mismo modo es muy importante ser realistas al identificar las fortalezas y debilidades internas (no maximizar unas y minimizar las otras).

Para terminar y con el objetivo de que el análisis sea profundo, debemos trabajar con datos contrastados y no dejarnos llevar por las impresiones personales, conjeturas o ideas preconcebidas.

A tal fin, resulta imprescindible que todos y cada uno de nosotros realice un trabajo previo a nivel personal, reflexionando en clave de oración sobre las distintas cuestiones que se formulan. Junto con ello, para que sea más operativo y nuestros encuentros estén mejor organizados, es conveniente remitir las aportaciones personales antes de cada una de las sesiones, de modo tal que se pueda realizar una síntesis de las mismas, sin perjuicio del necesario diálogo que se llevará a cabo en cada una de ellas.

5. Metodología

Nos reuniremos aproximadamente una vez al mes. Comenzaremos con un rato de oración compartida y a continuación presentaremos el fruto de nuestro discernimiento con la conversación espiritual (la dinámica de los tres círculos):

- Se hace un primer círculo (o ronda) donde cada persona comparte sus reflexiones. El resto escuchamos sin interrupciones ni discusiones o interacciones. Dejamos un momento de silencio para interiorizar lo escuchado.
- Hacemos un segundo círculo donde cada persona expresa lo que le sugiere la escucha del otro, lo que remarcaría, lo que puede sumar... Dejamos un momento de silencio.
- Y en un tercer círculo generamos un pequeño diálogo que nos ayude a concretar las propuestas.

No se trata de exponer nuestra visión personal, sino de escucharnos y dialogar juntos, como hermanos, abiertos al Espíritu, tratando de percibir aquellas mociones que nos suscita lo que el resto de miembros del grupo plantea, con el objetivo último de apreciar, entre todos, hacia dónde hemos de caminar en este momento preciso de la historia de nuestra Archidiócesis en el marco del sínodo diocesano que tenemos por delante.

Preguntas de cada bloque

FORTALEZAS. Las fortalezas son todas aquellas capacidades, dones, talentos y recursos con los que cuenta la diócesis. Es importante identificarlas para poder mantenerlas y hacer uso de ellas, o incluso desarrollarlas. Si recordáis, en el documento que se os entregaba se os ofrecían una serie de preguntas que debíamos responder en base a los cuatro pilares que se nos ofrecen en el texto de los hechos de los apóstoles: Formación – Oración y Liturgia – Caridad – Evangelización. A todos ellos, yo añadiría uno más, después de darle vuelta en estos días, que sería la Comunión.

Para que os resulte más fácil vuestro trabajo, quizás pueda serviros plantear las cuestiones de esta forma, de manera que en un simple golpe de vista entendamos lo que se nos pide:

	Formación	Oración Liturgia	Caridad	Evangelización	Comunión
¿Qué es lo que hacemos bien como Diócesis?					
¿Cuáles son nuestros puntos fuertes?					
¿Con qué recursos únicos contamos? (Personas, finanzas, edificios...)					
¿Qué es lo que más valora la sociedad de nosotros como Iglesia?					
¿Qué puntos fuertes ven en nosotros otras diócesis, otras instituciones?					
¿Qué factores hacen que las personas se acerquen?					

DEBILIDADES. Las debilidades son aquellos factores de los que la diócesis carece o en los que podemos mejorar. Es importante reconocer estas debilidades para poder corregirlas o, al menos, minimizarlas de manera que no sean un obstáculo para la implementación de nuestros planes. He intentado explicitar un poco más alguna de las cuestiones que aparecen en el documento marco de nuestro trabajo, pues algunos me habéis comentado que no quedaban del todo claras. Aún así, si veis algo que podría ser importante en nuestro análisis y creéis que no está recogido en estas preguntas, no dudéis en señalarlo. Las cuestiones a abordar en el próximo trabajo serían las siguientes:

	Formación	Oración Liturgia	Caridad	Evangelización	Comunión
¿Qué percibe nuestra sociedad como nuestras debilidades?					
¿Cuáles son nuestras carencias organizativas? ¿Qué echas de menos?					
De aquello que hacemos o dejamos de hacer, ¿qué conduce a que la gente se aleje?					
¿Qué puntos débiles ven en nosotros otras diócesis u otras instituciones?					
¿En qué áreas tenemos menos recursos en comparación con otras diócesis o instituciones?					
¿Sabemos reconocer nuestros errores?					
Una vez vistas nuestras carencias... ¿En qué podemos mejorar? Enumera, a tu juicio, propuestas concretas de mejora para corregir nuestras debilidades					

OPORTUNIDADES. Al analizar las Oportunidades, empezamos a hacer ya un análisis de los extremos positivos que pueden ser aprovechados por parte de la diócesis para conseguir nuestra misión. Las cuestiones a abordar en el próximo trabajo serían las siguientes:

- ¿Qué necesidades detectamos en los hombres y mujeres de hoy que podemos contribuir a colmar desde lo que somos como Iglesia diocesana?
- ¿Qué cambios demográficos, de estilos de vida, sociales, tecnológicos o de otro tipo (indicar cuál o cuáles) se presentan en nuestro entorno y constituyen oportunidades para mejorar la sociedad, como Iglesia, a nivel personal y/o comunitario?
- ¿Cómo podemos aprovechar estas oportunidades en cada uno de los cinco ámbitos que estamos analizando: formación, oración y liturgia, caridad, evangelización y comunión? Indica algunas propuestas concretas en tal sentido.

AMENAZAS. Las Amenazas, son esos factores externos que pueden poner en peligro a nuestra realidad diocesana, pero frente a los que, si los identificamos a tiempo, podemos tomar acciones para prepararnos.

Las cuestiones a abordar en el próximo trabajo serían las siguientes:

- Es evidente que ha habido un cambio en las necesidades, en los gustos, en la sensibilidad del hombre de hoy. ¿Cuáles son esos cambios y en qué modo podrían afectarnos a nosotros como Iglesia Diocesana?
- ¿Qué obstáculos nos encontramos en el hombre de hoy y en la sociedad a la hora de plantear nuestro proyecto de Iglesia Diocesana en la formación, oración y liturgia, caridad, evangelización y comunión?
- ¿Quién hace lo mismo que nosotros y lo hace mejor? ¿Por qué crees que lo hace mejor? ¿Qué deberíamos aprender de otras entidades o instituciones?
- ¿Qué echas en falta en nuestra Iglesia Diocesana para hacer frente a las necesidades que el hombre de hoy plantea? ¿Cómo podemos adelantarnos para hacer frente a esas amenazas?

SÍNTESIS DE LAS APORTACIONES DEL EQUIPO DE DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

EQUIPO DE DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

Síntesis de los trabajos realizados

I.- INTRODUCCIÓN

Desde que nuestro Arzobispo, D. Francisco Cerro Chaves, inició su ministerio pastoral en nuestra archidiócesis de Toledo, manifestó su firme deseo de convocar un Sínodo Diocesano. Para ello, en diálogo con él, planteamos una Propuesta Pastoral Presinodal en la que a lo largo de estos tres últimos cursos hemos ido profundizando en las distintas vocaciones que conforman el Pueblo de Dios: vocación laical, vocación a la vida consagrada y vocación sacerdotal. Este itinerario nos ha ayudado como comunidad diocesana a conocer mejor las riquezas de cada una de las vocaciones y, a la vez, a poner en valor la complementariedad de todas ellas y de cómo nos necesitamos unos a otros. Laicos, vida consagrada y sacerdotes **estamos llamados a descubrir la Alegría de Caminar Juntos.**

Un sínodo es, como ha señalado el propio D. Francisco, cauce de participación e instrumento de comunión, lo cual genera efectos positivos por sí mismos; pero, junto con ello, constituye un revulsivo que permite dar vida a la acción pastoral y a la misión de la Iglesia diocesana. Ciertamente, ha cambiado la realidad social y eclesial en los últimos treinta años; una realidad que hemos de saber analizar e interpretar para dar respuesta a los nuevos retos del momento. El camino hacia el Sínodo continúa. Para prepararlo adecuadamente, resultaba necesario llevar a cabo un profundo análisis de la realidad diocesana que pudiera ayudar a los órganos competentes para su impulso a determinar la dinámica de trabajo, contenidos y metodología; en definitiva, a tener claro dónde poner el énfasis. Precisamente por ello, se creó un grupo de trabajo, representativo de la realidad diocesana, que ha discernido sobre las debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades que tenemos como Iglesia diocesana.

La dinámica de trabajo se ha basado en la metodología DAFO y en las claves de la sinodalidad y el discernimiento. Sobre la base de una serie de preguntas, específicamente preparadas para cada encuentro, y en torno a cinco bloques temáticos –Formación, Oración-Liturgia, Caridad, Evangelización y Comunión–, cada miembro del equipo, tras un discernimiento personal preparado debidamente, exponía sus reflexiones, sin que fueran comentadas por el resto; a continuación, se

compartía lo que más eco había generado en cada uno para tratar, finalmente, de vislumbrar entre todos hacia dónde apuntaba el discernimiento compartido.

Las reflexiones han sido muy provechosas y enriquecedoras para quienes han participado en esta experiencia. Los distintos encuentros mantenidos –de febrero a mayo de 2024– han resultado verdaderamente fraternos. En ellos se han compartido, con libertad y en confianza, los diferentes análisis realizados por cada uno de sus miembros y las distintas mociones que suscitaba el Espíritu.

En este documento no se incorporan todas las aportaciones realizadas en respuesta a las preguntas que cada encuentro tenía, sino una síntesis de aquellos extremos que han concitado mayor atención y pueden servir para articular los contenidos del Sínodo.

En la presentación de la síntesis se seguirá el orden mantenido en los distintos encuentros: fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas.

II.- SÍNTESIS

1.- FORTALEZAS

Son muchos los motivos que tenemos para dar gracias a Dios por las fortalezas con las que contamos en la archidiócesis de Toledo. Entendemos por fortalezas aquellas capacidades, dones, talentos y recursos que posee la diócesis. Es importante identificarlas para poder mantenerlas y hacer uso de ellas o, incluso, potenciarlas y desarrollarlas, en la medida de lo posible.

Complementariedad de las vocaciones

Destacan especialmente las tres vocaciones del Pueblo de Dios: contamos con un presbiterio muy nutrido, joven, entregado, bien formado, que da dinamicidad a la diócesis; con un laicado comprometido y formado, entre el que destaca el testimonio de familias; y una vida consagrada muy rica, particularmente en el caso de la vida contemplativa. Ello permite que la diócesis pueda ofrecer propuestas y desarrollar iniciativas que tienen acogida y se retroalimentan entre sí, creando una capilaridad que favorece la comunión.

Se subraya muy particularmente la **importancia del Seminario, mayor y menor**. Tenemos un Seminario Mayor muy vivo en el que, a parte de una formación intelectual sólida y seria, se fundamenta mucho en los futuros sacerdotes la catolicidad, que se irradia después a los laicos, y se conserva y potencia la cultura vocacional en todas las actividades que se realizan; el Seminario Menor también es muy activo y se cuida por parte de la diócesis.

Fuerte espiritualidad

A nivel **espiritual**, se considera que la formación en relación con las tres vocaciones es fiel a la tradición de la Iglesia, apoyada en el Magisterio y con sólidos fundamentos bíblico-teológicos. Se valora que prácticamente todas las delegaciones y secretariados de la archidiócesis ofrecen jornadas y cursos de formación sobre aspectos específicos en la vida del cristiano, algo que se realiza igualmente desde las parroquias, permitiendo que sea accesible para todos. Bien podemos decir que **la formación se ha convertido en una prioridad** dentro de la vida diocesana y existen recursos adecuados para ello, tanto a nivel de entidades y estructuras – Instituto de Ciencias Religiosas, Casas de Espiritualidad– como de proyectos y planes pastorales.

Asimismo, se ha puesto de manifiesto **la fidelidad a la Iglesia, el culto a la Eucaristía y la piedad mariana**. Toledo es una diócesis en la que se reza, se cuidan los encuentros y grupos de oración, con una gran oferta de retiros y ejercicios espirituales, y se mima la liturgia. Se destaca, en particular, que se haya conservado y se siga celebrando el Rito hispano-mozárabe.

Tanto a nivel parroquial como diocesano se vela por el despertar religioso de los niños y jóvenes, apostando por los oratorios de niños pequeños y otras iniciativas que propician la necesidad de la oración, de la adoración del Santísimo, y cuidando la liturgia, no sólo en las grandes celebraciones, sino también en las ordinarias. Se subraya, de manera especial, el interés de nuestro arzobispo D. Francisco por las casas de espiritualidad y la escuela diocesana de oración; también la gran apuesta por el mantenimiento y la rehabilitación de los templos, siendo ésta una de las grandes prioridades económicas de la archidiócesis.

Riqueza de acciones pastorales

En cuanto a la actividad pastoral de nuestra archidiócesis, se destaca la gran cantidad de ofertas e iniciativas que se llevan a cabo tanto a nivel diocesano como parroquial, poniendo de manifiesto que Toledo es una diócesis creativa, pastoralmente hablando, abierta a importar iniciativas y proyectos que están funcionando en otros lugares y sin miedo a compartir las experiencias que están dando fruto entre nosotros.

Dentro de la pastoral, se valora mucho el trabajo que se está haciendo a nivel de familias, conscientes de que prácticamente toda la vida de la Iglesia nace, crece, se desarrolla y se vive en la familia; y también en relación con los colegios religiosos y diocesanos, que ofrecen no solo una educación de calidad basada en valores humanos y cristianos que serán la base de la vida cristiana de las nuevas generaciones.

Sin duda, Toledo es una archidiócesis con una rica tradición cultural que se ve no como una mera fuente de ingresos, sino como un importante medio de evangelización.

Se pone de manifiesto también la gran capilaridad que tiene nuestra archidiócesis con las parroquias; solo algunas excepciones, cada pueblo es una parroquia y cada parroquia tiene un sacerdote. A esto ayuda mucho la organización y estructuración diocesana. Se pone en valor del mismo modo la gran cantidad de infraestructuras con las que se cuenta, así como el servicio que muchos sacerdotes diocesanos prestan a la Iglesia a nivel nacional y universal.

Otros puntos fuertes

La religiosidad popular es igualmente otra de las grandes fortalezas de nuestra archidiócesis. Una religiosidad popular que está muy enraizada en nuestras parroquias, como pone de manifiesto la gran cantidad hermandades y cofradías presentes en nuestro territorio diocesano, y que no se limita únicamente al culto de Semana Santa, sino que se distingue a través de las advocaciones marianas y que da como fruto numerosas obras de caridad.

Otra de las fortalezas de la archidiócesis que ha sido evidenciada es el **trabajo y la labor de Cáritas**, que va más allá de lo meramente asistencial, planteando novedosas propuestas para tratar de atender las necesidades actuales. Los fieles de nuestra archidiócesis confían en Cáritas por su seriedad y fiabilidad. Sin duda alguna, es una de las instituciones mejor valoradas y queridas de la archidiócesis. Se ha resaltado –y mucho– el trabajo y la calidad de los equipos de voluntarios de Cáritas, un voluntariado que sabe gestionar, y muy bien, los recursos que tiene.

Toledo es, además, una diócesis misionera. La archidiócesis es generosa con las Iglesias más necesitadas, destacando la presencia en la Prelatura de Moyobamba, entre otras múltiples acciones que contribuyen a la misión. Una colaboración que no solo es económica o material, sino sobre todo humana, con un relevante número de sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos comprometidos, incluso familias, que dejan todo para colaborar en la evangelización de los territorios de misión.

En el campo de la evangelización son muchas y variadas las propuestas que se plantean, en parroquias y a nivel diocesano, conscientes de que se trata de una urgencia y una prioridad para la Iglesia diocesana. Contamos con retiros de impacto y experiencias de evangelización que están comenzando a dar fruto; pero sabemos que la evangelización no es solo Primer Anuncio y que el Primer Anuncio no son únicamente los retiros de impacto, de ahí que se valore que existan proyectos, iniciativas y propuestas más amplias, que acompañen, integren en la comunidad y, en definitiva, ayuden a formar nuevos cristianos.

Por último, se destaca el hecho de poder contar con **medios propios de comunicación**, como es Radio Televisión Diocesana (RTVD), con Canal Diocesano y Radio Santa María, así como la publicación semanal del Padre Nuestro, que llega a todas las parroquias de la diócesis, siendo fuente de comunión. No podemos dejar de subrayar también la importancia de la presencia en la web y en las redes sociales, el sexto continente, de numerosas delegaciones y secretariados, así como parroquias, grupos y movimientos.

Una gran responsabilidad

Hay sentido de Iglesia en nuestra diócesis: la sentimos como propia y la amamos, desde nuestra respectiva vocación. Eso explica que se trabaje y se viva la comunión

y la fidelidad que tenemos a la Iglesia. En definitiva, de forma gráfica, podemos afirmar que **Toledo es una diócesis potente**. Una diócesis potente en movimientos, estructuras, medios, instituciones, propuestas, personas; una potencia heredada, pero conservada y renovada. Una diócesis en acción, con muchas posibilidades y propuestas que abarcan todos los ámbitos de la vida cristiana.

Sin embargo, lejos de la autocomplacencia, hemos de ver esta riqueza como **una gran responsabilidad**. No solo para saber leer el momento presente y articular un sínodo igualmente potente –a la altura de una diócesis como la nuestra– y con fruto; también para conservar lo que hemos heredado y legarlo a las generaciones futuras de cristianos de Toledo.

A tal fin, resulta imprescindible tener muy presentes los cambios que se están produciendo a nivel social, cultural, religioso; en definitiva, saber leer los signos de los tiempos. Ello exige, entre otros extremos, profundizar en nuestras debilidades.

2.- DEBILIDADES

Reconocer nuestras debilidades como archidiócesis no es sólo una consecuencia necesaria de la virtud de la humildad, sino un ejercicio de responsabilidad imprescindible si queremos verdaderamente dar respuesta a las esperanzas que el Señor ha depositado en nosotros como Iglesia particular. Las debilidades son aquellos factores de los que la diócesis carece o en los que podemos mejorar. Es importante fijar la atención en estas debilidades para poder corregirlas o, al menos, minimizarlas de manera que no sean un obstáculo para la implementación de nuestros planes. Dicho de otro modo, las fortalezas expuestas no impiden que podamos identificar –y debamos tener muy presentes– debilidades ínsitas en ellas.

Una diócesis amplia y heterogénea

La primera dificultad nos viene dada: la **heterogeneidad derivada de la realidad geográfica de la Archidiócesis**, que tiene 19.333 km² y extiende su jurisdicción sobre los fieles católicos de 232 municipios de las provincias de Toledo, Cáceres y Badajoz, organizados en 273 parroquias agrupadas en 26 arciprestazgos. Comarcas con una idiosincrasia muy distinta, variada configuración de la población en el ámbito de edad, de formación, de circunstancias sociales y laborales... Ello hace especialmente difícil llegar a la totalidad de los diocesanos. Efectivamente,

esta realidad geográfica tiene efectos sobre nuestras acciones, estructuras, iniciativas y planes. En concreto, se destacan dos consecuencias negativas derivadas de ello: en primer lugar, las dificultades para vivir plenamente la comunión y el acompañamiento entre las parroquias; en segundo lugar, el centralismo en Toledo. A ello ha de sumarse un cierto desconocimiento de la diócesis en su conjunto y entre los propios diocesanos, así como de las múltiples iniciativas que se lanzan.

Es preciso buscar formas de hacer efectivas las estructuras diocesanas. Es decir, que los consejos, vicarías, arciprestazgos, delegaciones, consejos parroquiales... sean órganos de comunión, de discernimiento, eficaces, etc. y, por lo tanto, haya una comunicación efectiva.

También se percibe el desinterés y la falta de asunción y cumplimiento de los planes pastorales y normativas diocesanas en muchas parroquias, lo que dificulta que lleguen a los fieles.

Por otra parte, se aprecia, sobre todo en las parroquias de las zonas rurales, una comunidad envejecida, consecuencia del envejecimiento demográfico y de la despoblación que vivimos. Y, derivado de ello, la falta de jóvenes –con compromiso y que sean referentes para sus iguales– en nuestras comunidades parroquiales.

Carencias formativas

La falta de formación en todos los ámbitos de la Iglesia de Toledo y de la sociedad actual en general se percibe como una de las grandes debilidades y como uno de los grandes peligros de la Iglesia. A pesar de que se ha destacado como fortaleza la formación y el compromiso de los laicos, no podemos desconocer que esta afirmación se refiere a una pequeña minoría. Se constata un conocimiento casi infantil de nuestra fe y, por lo tanto, una carencia en la formación de la Doctrina Social de la Iglesia entre muchos de los laicos de la archidiócesis de Toledo para poder dar respuesta a los nuevos retos de la sociedad actual. Es necesaria una formación integral entre el laicado, tanto en DSI y en relación con los sacramentos, como en temas de actualidad (ideología de género, defensa de la vida, new age...). Esto hace que muchos acepten la visión del mundo en temas como el aborto, la eutanasia, el divorcio, la homosexualidad, el celibato de los sacerdotes, los métodos anticonceptivos, la reproducción asistida... y en relación con las grandes cuestiones sociales del momento como la inmigración, el mundo del trabajo, la cuestión política o la economía; y, al mismo tiempo, explica que se desconozca el significado real

de aspectos sustanciales para nuestra fe como la resurrección, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la confesión, el resto de los sacramentos, la Sagrada Escritura, etc.

Aunque existen muchos cursos destinados a la formación y contamos con medios para difundir los contenidos fundamentales de la fe que profesamos, observamos cómo apenas llegamos a una pequeña parte del Pueblo de Dios; y más aún nos cuesta llegar a quienes no creen o se muestran indiferentes ante la existencia de Dios. Junto con ello, es muy básica la formación de no pocos de los profesores de religión y de los catequistas, no porque no haya acciones formativas para ellos, sino por falta de interés o disponibilidad hacia ellos. Todas estas carencias formativas tienen su proyección sobre cómo nos ven desde fuera de la Iglesia: desprovistos de razones para compartir por qué y en qué creemos; faltos de libertad de pensamiento; apegados a ideas o prácticas superficiales y carentes de sentido.

Escasa presencia pública

Hay una **insuficiente presencia del laicado en la vida pública**, con falta de compromiso general de los laicos en el mundo secular, reduciendo su fe a la participación en la Eucaristía dominical o, a lo sumo, a la colaboración en acciones intraeclesiás. Esto se traduce en déficit de inserción de los laicos en el compromiso social, en las agrupaciones sociales o públicas, en la política, en las asociaciones escolares de padres/madres, en las asociaciones de vecinos o de barrios... Somos conscientes de que hay que evangelizar desde dentro de las realidades sociales, insertándose en ellas, pero se evidencia un escaso compromiso real y mucho individualismo y comodidad entre los que comúnmente llamamos “cristianos comprometidos”.

Existe un laicado conformista, poco acompañado y animado por los sacerdotes, que no es consciente ni llega a creer que estamos llamados a ser sal y luz en el mundo en el que nos encontramos.

Aparte de la escasa formación, también se constata un laicado que tiene una gran dependencia del sacerdote, fruto de la predominancia del clericalismo en no pocos ámbitos eclesiás, y con poca conciencia de su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, nacida del bautismo y que mueve a dar testimonio en la vida pública. Tampoco podemos olvidar que, en ocasiones, falta la coherencia entre la fe y la vida.

Bajo perfil evangelizador en la inmensa mayoría del Pueblo de Dios

Quizás como consecuencia de lo anterior, tenemos un laicado con una vivencia superficial de la fe y poco comprometido en la evangelización de forma continua. A la vez es un laicado –ello afecta también a muchos de los sacerdotes– que vive dentro de la Iglesia pero actúa como si estuviese fuera de ella, con incoherencia y desconexión entre lo que predicamos y lo que vivimos.

Nos falta audacia evangélica, confianza en la gracia y prudencia sobrenatural. Nos preocupa demasiado ser políticamente correctos.

En relación con la evangelización, no sabemos presentar el mensaje y se nos ve como una Iglesia muy tradicionalista y conservadora.

Por lo que respecta a los sacerdotes, falta ardor apostólico entre los mismos para llevar el mensaje de Jesucristo, realizando, en muchas ocasiones, una pastoral de mantenimiento en las parroquias. Se impone en la práctica lo que se denomina la pastoral de sacramentalización más que misionera y no se evangeliza con la caridad y el servicio. Una parroquia no puede vivir sin liturgia, sin los sacramentos y sin la caridad, lo sabemos, pero observamos que nos cuesta encarnar esta idea en nuestras vidas.

La división interna dentro de la Iglesia, y la rivalidad entre grupos y comunidades que en ocasiones existe, conlleva que nuestro mensaje y la Verdad que fundamenta nuestra fe no sea creíble, a lo que se une la falta de acogida en nuestras comunidades parroquiales y grupos de referencia.

En la evangelización se aprecia un descuido por la Iglesia doméstica, por la familia, que debe ser destinataria de la evangelización y a su vez es vehículo de transmisión del Evangelio. En particular, se constata poca de actividad en los Centros de Orientación Familiar.

En lo que respecta a las nuevas realidades eclesiales que tienen su origen en los retiros de impacto, aunque se ven como una oportunidad para la evangelización, es patente la debilidad derivada de la falta de acompañamiento y la escasa articulación de procesos de fe en quienes participan en ellos, corriendo el riesgo –si no se integran bien en la vida de la Iglesia– de que se conviertan en consumidores de experiencias.

El peligro de que existan muchas iniciativas y ofertas pastorales o de vida cristiana es que no pocas personas no saben priorizar lo esencial. Esto puede conllevar

un “picoteo espiritual” sin arraigo real en la vida personal y en las comunidades parroquiales.

En este ámbito hay que tener en cuenta la debilidad de las hermandades y cofradías, en lo que a evangelización se refiere, cuando se quedan solo en el aspecto externo de la piedad popular. La evangelización en las hermandades y cofradías no se ha de limitar solamente a los hermanos y cofrades en los actos previos al acompañamiento a la imagen titular y el día de su procesión, sino que ha de contribuir a fomentar la evangelización a través de la formación y el compromiso de la vida cristiana.

La promoción de la pastoral vocacional es muy escasa (excepto en el caso de la referida específicamente a la vocación sacerdotal), y son pocos los recursos pastorales que se dedican a la promoción y el descubrimiento de la vocación a la vida consagrada, que a veces es tan desconocida. La vocación laical apenas se ve y se vive como una auténtica vocación y, en particular, se echan en falta mayores esfuerzos para promover la vocación particular al matrimonio cristiano.

Una cierta hiperactividad sin rumbo fijo

La archidiócesis de Toledo es muy activa; y en algunos casos se concibe como hiperactiva. Es una Iglesia muy viva, con muchas actividades por parte de delegaciones, secretariados, movimientos y asociaciones. Sin embargo, la existencia de muchas iniciativas se concibe también como un problema para atender a todas las convocatorias. Aunque puede constituir una fortaleza, también se percibe como una debilidad, pues puede conllevar una cierta rivalidad entre delegaciones, parroquias y grupos eclesiales, que provoca un repliegue sobre sí mismos y que sus miembros limiten su participación eclesial a aquello que se organiza desde su concreta realidad.

También se vislumbra un cansancio pastoral en los laicos y en los sacerdotes. Se emplean muchas energías para llegar siempre a los mismos, y suelen ser las mismas personas las que están presentes en todos los sitios.

Desconocimiento de la liturgia y vivencia como mero rito

La liturgia, que es una de nuestras principales fortalezas, puede convertirse en debilidad si se cae en el **mero ritualismo externo**, con celebraciones poco cercanas y demasiado rutinarias. Este peligro afecta más directamente a los sacerdotes. Sería un error pensar que la única tarea que tiene un sacerdote en su parroquia es cuidar

la liturgia y lo relacionado con ella.

Asimismo, se habla de un lenguaje que no conecta con las personas alejadas y de celebraciones que no transmiten plenamente la belleza de la fe por no ser debidamente comprendidas ni suficientemente cuidadas.

En la relación fe-cultura, nos cuesta el diálogo con la cultura actual y somos muy selectos en las expresiones culturales o artísticas y poco arriesgados a la hora de abrir la puerta a nuevas expresiones de la fe que puedan entrar en diálogo con el mundo de la increencia.

La Caridad, patrimonio de unos pocos

Desde Cáritas se constata que, debido a la extensión y diversidad de la archidiócesis, no se llega a todas las comunidades cristianas y no se logra promover la animación comunitaria de la caridad en las mismas y entre los propios sacerdotes.

Se considera que **la caridad no puede quedar reducida exclusivamente a Cáritas** –como ocurre en no pocas parroquias– sino que tiene que formar parte de la esencia característica de toda comunidad cristiana, dado que todos estamos llamados a la Caridad. Junto con ello, tampoco puede limitarse al asistencialismo, sino que su principal finalidad ha de ser la evangelización, para que no se vea a Cáritas como una ONG y pueda responder a la finalidad de su existencia.

Se habla de cierta desconexión entre Cáritas Parroquiales e Interparroquiales y la Cáritas Diocesana de Toledo, con una estructura amplia en lo que a trabajadores se refiere que no se traslada, o se traslada poco, a la realidad de la archidiócesis.

Existe el peligro de que la vivencia de la caridad no se extienda a todos los miembros del pueblo de Dios, y que se piense que es patrimonio solo de algunos, los voluntarios y voluntarias de Cáritas o Manos Unidas.

Se debería cuidar más la vida espiritual de las personas que se atienden desde los servicios de caridad.

En ocasiones, falta de comunión

La polarización social tiene sus efectos sobre el ámbito eclesial; la incipiente división que puede observarse en relación con algunos temas también se manifiesta en nuestra Archidiócesis. La falta de comunión no solo se proyecta en el hecho de que

nos cuesta compartir espacios eclesiales más allá de los nuestros propios; también, y sobre todo, se aprecia en la forma de comprender la fe a nivel doctrinal, litúrgico, sacramental, de compromiso.

Una Iglesia en riesgo de quedar anclada en el pasado

La riqueza y el pasado acumulado de nuestra Archidiócesis, que se valora oportunamente, presenta un **riesgo de anquilosamiento**. Podemos quedarnos anclados en el pasado –a nivel de evangelización, formación, liturgia– y perder la sintonía con los hombres y mujeres de hoy. Dicho de otro modo, manteniendo la esencia de lo que somos como Iglesia, hemos de resultar audaces para saber transmitir las verdades de la fe y ayudar a profundizar en ellas, vivirlas, celebrarlas, compartirlas, con nuevo fervor, nuevos métodos, nuevos lenguajes, allí donde sea necesario y conveniente. De lo contrario, incurrimos en aislamiento, autorreferencialidad, cerrazón.

Algunas otras debilidades

Junto con estas debilidades, se han destacado otras que no pueden olvidarse y deben ser igualmente abordadas. Nos limitaremos a enunciarlas, sin comentarlas específicamente: la cuestión de los abusos sexuales, la falta de transparencia en el ámbito económico, cierto conflicto entre las propiedades de la Iglesia y la predilección por los pobres, el escaso contenido evangelizador en nuestros medios de comunicación, el descuido de la atención del profesorado católico en la escuela pública, la escasa presencia de mujeres en puestos de responsabilidad, ciertos sesgos doctrinales en los candidatos al sacerdocio y en parte del clero diocesano en relación con el Magisterio del Papa Francisco. Son cuestiones muy relevantes que afectan a la esencia de nuestro ser Iglesia.

3.- OPORTUNIDADES

Saber leer los signos de los tiempos no sólo exige, como se ha expuesto, estar atentos a los aspectos susceptibles de mejora, sino que conlleva igualmente tener muy presentes los cambios que se están generando en la actualidad, puesto que constituyen oportunidades para la realización de nuestra misión.

Ciertamente, son muchos los cambios que se están produciendo en este momento en la sociedad y en las personas que la conformamos. El envejecimiento, la despoblación, la movilidad humana, la revolución tecnológica, la deschristianización de las comunidades, las crisis acumuladas, la polarización social e ideológica, la desestructuración de las familias, el aumento de la increencia, la desvinculación comunitaria, la búsqueda del bienestar personal, la aceleración de los ritmos de la vida son algunas claves que hemos de tener presentes para transformarlas en **oportunidades de presencia como Iglesia**, de anuncio de Cristo, de descubrimiento y celebración de la fe, de integración en la comunidad eclesial; en definitiva, de esperanza.

No podemos desconocer que estos cambios traen consigo un doble efecto: de un lado, efectivamente, son oportunidades para la realización de nuestra misión; de otro, sin embargo, constituyen amenazas que pueden impactar –y, de hecho, lo están haciendo– en nosotros y en nuestra Iglesia. Por razones metodológicas, en este apartado nos centraremos en las oportunidades, para tratar las amenazas con mayor profundidad en el siguiente.

Una sociedad líquida, necesitada de valores y de la fuerza de la fe

Nos encontramos ante una sociedad líquida, con gran fragmentación de la identidad, inestabilidad laboral, sobredosis de información, falta de compromiso e inseguridades en el futuro, entre otras características. Los miedos de las personas aumentan. Somos cada vez más individualistas y esto hace que el hombre y la mujer de hoy experimenten la soledad y el aislamiento; especialmente, las familias, que viven desorientadas y sin un acompañamiento ante las dificultades.

Ante esta realidad se detecta la necesidad de **acompañamiento en medio de situaciones de sufrimiento y soledad**, de espiritualidad y silencio, de curar una afectividad rota y descentrada, de conocer la verdad y la auténtica libertad, de dar respuestas al sufrimiento, la muerte o el sentido de la vida. De **acoger al otro desde la caridad cristiana**, de dar un **testimonio de comunión**. Lugares como los hospitales siguen siendo espacios de misión, y se nos ofrece la oportunidad de acompañar el duelo o las exequias, que suponen acercamiento a la Iglesia en muchas ocasiones.

También de potenciar y defender el **valor de la mujer** como pilar de la comunidad. Vemos con esperanza los cambios que se están produciendo paulatinamente en este sentido en la Iglesia diocesana.

Una sociedad secularizada, pero abierta a la dimensión espiritual

Vivimos en una sociedad cada vez más secularizada, donde las tradiciones católicas han desaparecido en muchos espacios. La deschristianización de la sociedad es una oportunidad de colmar la sed de Dios que sigue teniendo el corazón del hombre y la mujer de hoy, buscando nuevos estilos para dar a conocer a Cristo y anunciar el kerigma, leyendo las necesidades actuales desde la base del Evangelio. Necesitamos recuperar la dimensión kerigmática como algo transversal en el interior de la Iglesia y seguir avanzando en la formación cristiana de los creyentes.

Además, podemos ayudar a saciar la búsqueda de trascendencia ofreciendo propuestas de oración y espiritualidad, fomentando el descubrimiento de Cristo en la Eucaristía, la adoración y el sentido y significado de la liturgia, explicando signos, señales, ritos.

La falta de valores y expectativas y el creciente escepticismo genera la necesidad de tener referentes y líderes que, con su ejemplo como ciudadanos, muestren una alternativa de vida. Se ve la oportunidad de impulsar la formación de los laicos, niños, jóvenes y adultos, desde la parroquia, con una mejor planificación y coordinación en las actividades formativas de las diferentes delegaciones. También poner el acento en la formación de los sacerdotes.

Aún tenemos margen para aprovechar las posibilidades que se abren a través de los colegios diocesanos y religiosos, fomentando el acompañamiento de las familias y profesores; y, desde luego, la presencia de profesores de religión en la escuela pública.

Las oportunidades de diálogo que se abren con la sociedad actual nos permiten fomentar el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia y, desde ahí, despertar el compromiso de los laicos en la sociedad para que puedan dar una respuesta cristiana implicados en la política, el mundo laboral, la educación, la cultura...

Las nuevas tecnologías hacen posible la formación online en nuestras instituciones diocesanas, para poder llegar a todas las personas y que el alcance de nuestras acciones y nuestros mensajes sea mayor.

Además, existen temas en los que la Iglesia sigue teniendo una voz profética y ello nos permite potenciar los valores cristianos: la caridad hacia las personas migrantes, la atención a los más desfavorecidos y descartados socialmente son

algunos ejemplos evidentes. Al mismo tiempo, la sociedad también nos interpela en aspectos fundamentales como el cuidado del planeta o el papel de la mujer.

Una sociedad individualista, pero necesitada de acompañamiento

Estamos experimentando una inversión de la pirámide poblacional, con tasas de nacimiento muy bajas y un progresivo envejecimiento de la población, junto a una despoblación de las zonas rurales que, unida a la brecha digital, deja a los mayores en una situación de vulnerabilidad. Vivimos en una sociedad cada vez más multicultural, como resultado de los movimientos migratorios.

Estas situaciones nos ofrecen la oportunidad de fomentar la caridad, **acompañando** de manera especial a estos colectivos, de **promover la vida comunitaria**, y de trabajar a través del **voluntariado laical** en esas zonas de la diócesis más despobladas, dando **protagonismo y responsabilidad a los laicos**.

Al mismo tiempo las distintas formas de pobreza, tan cambiantes, posibilitan el **trabajo en red con otras instituciones sociales**, iluminados por la DSI, detectando las nuevas pobrezas y formas de exclusión.

De manera especial, ello trae consigo, indirectamente, la **promoción de Cáritas**, dando respuestas a necesidades reales y sin perder su identidad, alemando la entrega, el compromiso y la generosidad de **voluntarios** que trasladan un modelo de gratuidad, agradecimiento y creatividad, centrado en el **acompañamiento** y en la persona.

El hecho de que las familias, muchas de ellas desestructuradas, aún se sigan acercando a la parroquia para pedir los sacramentos de iniciación para sus hijos es una oportunidad de acogida, acompañamiento y propuesta de fe. Necesitamos saber aprovechar los encuentros puntuales o coyunturales de las personas con la Iglesia para **acoger y anunciar**.

Precisamos estar **formados y preparados para acompañar** nuevas situaciones habituales en las familias, como los divorcios, la infertilidad, los conflictos en las parejas... Y fomentar una **pastoral familiar**, con grupos de acompañamiento y formación, promoviendo también **los centros de asesoramiento y ayuda**. Igualmente es preciso integrar a las familias en las propuestas de iniciación cristiana.

La vía de la **piedad popular** y sus manifestaciones en las nuevas generaciones también son una oportunidad para **acerarse a los más jóvenes**, aprovechando nuevas formas de evangelización y **primer anuncio**, y para plantear una llamada al **voluntariado cristiano** con animación de la caridad.

Igualmente podemos explorar la **riqueza litúrgica, de tradiciones y el patrimonio cultural y artístico**, especialmente en la zona de Extremadura y Toledo, para fomentar el turismo con fines evangelizadores.

El avance de las nuevas tecnologías y formas de comunicación también ofrece una oportunidad para evangelizar en el mundo digital y, más en concreto, permite utilizar los **medios de difusión social** para sensibilizar sobre las realidades dramáticas que sufren muchas personas en el mundo. Podemos aprovechar la globalización para concienciar de la **sinodalidad y la comunión** en la misión de la Iglesia, integrando las diferencias y viviendo la diversidad como don y tarea.

Al mismo tiempo, los medios de comunicación y las redes sociales eclesiales permiten **mejorar la comunicación y difusión dentro de la diócesis** y ofrecer formación online accesible, especialmente al laicado y a aquellas zonas más alejadas de los principales núcleos diocesanos. Las nuevas formas de comunicación también favorecen que los **jóvenes** se conviertan en protagonistas y **agentes de evangelización**.

Estos cambios intensos y rápidos que está experimentando la sociedad se presentan igualmente en el **interior de la Iglesia**, y muchas veces son aceptados y asumidos por sus miembros –laicos, consagrados y sacerdotes– como algo natural. Esto ofrece la oportunidad de una **verdadera conversión y renovación pastoral diocesana**, si discernimos desde criterios de fe, humildad y sinceridad.

En definitiva, todas estas oportunidades conducen a la posibilidad de **crear espacios más efectivos** para que las diversas realidades existentes dentro de la diócesis puedan convivir y trabajar, facilitando la unidad y la comunión.

El proceso de preparación de la celebración de un **sínodo diocesano** puede ser en sí mismo una oportunidad de examinar, reflexionar y revisar las estructuras diocesanas y su servicio a la evangelización y a los diferentes ámbitos y, más ampliamente, para canalizar todas estas oportunidades que se nos presentan.

4.- AMENAZAS

Como ha sido anticipado, los cambios que estamos viviendo no sólo son oportunidades para reforzar nuestro ser Iglesia; ante todo, constituyen amenazas que nos atañen directamente a todos nosotros, a nivel individual y eclesial.

Efectivamente, aunque sabemos que Dios es el Señor de la Historia y confiamos en que Él gobierna nuestros pasos, no podemos desconocer las amenazas que hemos de enfrentar como Iglesia en el tiempo presente. Entendemos por amenazas aquellos factores externos que pueden poner en peligro nuestra realidad diocesana, pero frente a los que, identificados a tiempo, podemos tomar acciones para prepararnos.

Ciertamente, no son pocas ni irrelevantes tales amenazas, a nivel personal y comunitario. Es oportuno detenerse en ellas con algo más de detalle, porque constituyen el punto de partida para identificar los ámbitos a los que el Sínodo diocesano deberá prestar especial atención. Junto con ello, permite poner en contexto las fortalezas y las oportunidades y profundizar en las debilidades.

4.1.- ALGUNOS GRANDES CAMBIOS

Todos somos conscientes de que la sociedad actual está experimentando **grandes cambios** que, directa o indirectamente, nos afectan como Iglesia en la realización de la misión.

Cambio de raíces: paganizar el cristianismo

El hombre no siente necesidad de Dios. Sus gustos están encaminados a lo que le apetece. Esto afecta a la propuesta que hacemos como Iglesia, pues vemos que **nuestras iniciativas no llegan a las personas**. Muchas de ellas son indiferentes al hecho religioso y no perciben la necesidad ni sienten la curiosidad de vivir la fe o acercarse a una iglesia. Ya hay muchas personas que no conocen a Cristo. La fe no se transmite dentro de la familia. Ni siquiera por medio de la tradición. Es necesario pensar en una Iglesia en salida.

Los cambios son profundos y radicales; es decir, son cambios de las raíces de las que se vive o se plantea la misma existencia. Esos cambios de raíces generan los cambios de necesidades, de gustos y de sensibilidades, que se manifiestan como consecuencia en los comportamientos personales, culturales y sociales. El gran cambio de raíz es que se ha pasado en muy poco tiempo de la convicción de

necesitar a Dios para entendernos a nosotros mismos –imagen de Dios– y nuestras relaciones morales, a la convicción de que Dios no solo no es necesario para el hombre ni para su desarrollo, sino que supone un obstáculo que coarta la libertad del individuo humano. Es el cambio de la “dependencia filial” a la “independencia hostil”. Este cambio es el que genera nuevas necesidades de independencia y autonomía, de autoafirmación, de individualismo, subjetivismo ..., con los nuevos gustos y sensibilidades correspondientes.

Sinduda, estos cambios de raíces nos están afectando como Iglesia Diocesana, porque los feligreses diocesanos de hoy vivimos inmersos en este ambiente cultural ateo, pagano y anticristiano, de modo que vamos asimilando ingenuamente esa idiosincrasia. Cada vez más, se argumenta todo desde la sociología y la cultura dominante y, cada vez menos, desde la Revelación, desde Jesucristo, o desde el Evangelio. Más aún, institucionalmente, vamos adoptando formas, lenguajes, estrategias y planteamientos más acordes con esa cultura pagana dominante, y menos acorde con el testimonio confesional propio de la Iglesia.

Es la amenaza de paganizar el cristianismo para no perder el sitio en una sociedad que ya es culturalmente pagana, aunque mayoritariamente de bautizados. Damos por válidas las nuevas necesidades, gustos y sensibilidades, como si lo fueran de verdad. No las discernimos evangélicamente para redimir las, para rescatarlas de la mentira, sino para satisfacerlas paganizando la misión redentora de la Iglesia diocesana.

Pérdida de identidad cristiana

Existe una gran velocidad en los cambios que se dan, en los acontecimientos que acaecen. Se tiene una sensación de vértigo en lo que sucede, que hoy es y mañana no. La volatilidad caracteriza también las relaciones humanas. Todo ello deriva en la pérdida de identidad y lleva a apartarse de la forma en la que Dios ha pensado en nosotros desde la creación.

El hombre de hoy está marcado por el relativismo, el pesimismo, el hedonismo, el materialismo y el consumismo. Desea el poder, la fama, el buen nivel de vida, la ausencia de vínculos y de compromisos.

En la Iglesia corremos el riesgo –y, en no pocas ocasiones, caemos en él– de dejarnos llevar también por esta característica de nuestro tiempo. Hacer cosas sin

parar, poner el foco en el “hacer” en vez de en el “ser” y perder de vista el objetivo real e inmutable del depósito de la fe. Los sacerdotes, los religiosos y los laicos podemos hacer muchas cosas y estar en muchos sitios, pero realmente no llegar a todo, quedar en la superficialidad o que haya un lado de la balanza que se desestabilice en aras de otro al que demos más importancia o por el que nos sintamos más presionados sin discernir adecuadamente dónde nos quiere el Señor.

Todo es emoción y sentimiento

Estamos en una sociedad que ha dejado de lado la parte racional para poner en el centro el sentimiento y la emoción, siempre cambiantes en función de las circunstancias y sin ninguna base racional. Ello se proyecta igualmente en la Iglesia: buscamos experiencias emotivas que se quedan en ese ámbito sin aterrizar en lo fundamental, que muchas veces es árido y sacrificado. De este modo, cuando dejamos de sentir, rechazamos esa vivencia y nos alejamos de ella. Esto nos conduce al peligro de dejarnos llevar por la necesidad de experimentar y nos convertimos en “devoradores” de experiencias cristianas que nos hagan sentir continuamente. Desde la Iglesia diocesana podemos caer en el error de avivar esta forma de evangelizar, arriesgándonos a que, cuando venga el fracaso, el sufrimiento, la “noche”, la persona no sea capaz de enfrentarlo y asumirlo.

Un relativismo exacerbado, sin verdades absolutas

El hombre de hoy no busca la Verdad porque no cree en la verdad. Todo es relativo. En la Iglesia se observa cómo los mismos cristianos no tenemos claras las verdades de fe y, ante temas morales o del credo, opinamos con un “depende” o con que hay que ponerse en el lugar del otro, o que no todo tiene que ser tan radical, o que hay que ser inclusivos... Se confunde comprender y acoger al otro con justificar su acción. Por esta razón, muchas personas no buscan el perdón, se difumina la conciencia de pecado y pierde sentido la confesión. Esto nos puede llevar a una confrontación entre “conservadores” y “progresistas” (empleando una terminología que no debería tener cabida en la Iglesia), que deriva en la ruptura de la unidad.

No podemos desconocer que, incluso en la propia Iglesia, son muchos los cristianos que combinan las creencias católicas con otras paganas: reiki, yoga, horóscopo, energías, *mindfulness*... Incluso colegios o instituciones religiosas lo ofrecen como

metodologías o herramientas aceptables para cultivar la interioridad. Corremos el riesgo de que todas estas ideas, disfrazadas bajo el yugo del neolenguaje, se introduzcan en nuestro día a día sin darnos cuenta y den paso a realidades totalmente contrarias a la espiritualidad cristiana.

Crisis de autoridad

Existe una crisis de autoridad, sobre todo en la figura de paternidad, lo que lleva a poner la propia decisión por delante de lo que el otro me pueda decir. Esto conduce a una falta de obediencia, porque se da más importancia a la propia "libertad", pensando que se es más libre cuanto menos se obedece y más se decide por sí mismo sin tomar en cuenta a nadie más.

En la Iglesia esto puede conducir a una **falta de obediencia en relación con las verdades de la fe**: a los sacerdotes por parte de los fieles seglares y a los obispos por parte de los sacerdotes.

Al mismo tiempo, se ensalza como valor absoluto la democracia, entendida como el gobierno por parte de la mayoría, sin límites ni valores previos que respetar; todo es susceptible de decisión por la mayoría. En la Iglesia también hemos de tener cuidado con esta realidad. La Iglesia no es democrática, pero, quizá por no enfrentarse al mundo, este supuesto valor absoluto se ha introducido y puede hacer mucho daño. La sinodalidad es parte de la esencia de la Iglesia, ciertamente, pero ello no significa que haya de equipararse sinodalidad con decisión por parte de la mayoría, desconociendo la Tradición y las verdades de la fe.

Cultura de la muerte

Vivimos en una sociedad que aboga por la muerte y está implantando el supuesto derecho al aborto y a la eutanasia. Por el contrario, se ensalza el valor de la juventud eterna y se ve un sinsentido en la enfermedad o en el paso del tiempo por las personas. La vejez ya no es un valor, sino que **se tiende a apartar a quienes son descartados por la sociedad**.

Como Iglesia hemos de tener cuidado de que esta mentalidad no entre en nuestras acciones; no solo en el sentido de no renunciar al valor sagrado de la vida y la libertad de cada ser humano, sino también de procurar cuidar especialmente a toda persona y colectivo. Por ejemplo, podemos caer en la tentación de volcarnos en

una pastoral de jóvenes pensando que son ellos quienes han de construir el mundo, y olvidarnos de la pastoral de enfermos o para los ancianos, que también necesitan ser acompañados de forma habitual e, incluso, preferente.

Sociedad hipertecnologizada y personas en soledad

La sociedad ha sufrido una gran transformación marcada por **estas nuevas tecnologías que condicionan la forma de vivir de todos los ciudadanos**; una sociedad en la que prima el consumismo, la sobreinformación, la individualización, el bienestar por encima de todo, la propia imagen y la inmediatez... Una sociedad que tiene nuevos estilos de vida y de interacción entre nosotros mismos; ahora no es necesario salir de casa para viajar, para estudiar, para trabajar, para formarse, para divertirse. Esto está provocando nuevas formas de ser y de relacionarnos.

Es una sociedad muy comunicada e interconectada pero con mucha soledad; los jóvenes no tienen referentes, ni siquiera en su familia –pues el modelo de familia tradicional ya no es un referente–; los referentes son *youtubers* o *influencers* que se dejan llevar por las modas y el ganar dinero de forma desorbitada y fácil.

Tampoco nos podemos olvidar de la inteligencia artificial, de la capacidad de las máquinas para aprender y tomar decisiones por sí mismas, que condiciona la vida de las personas, empresas, instituciones, organizaciones, con la consecuente pérdida de libertad.

La digitalización ha conllevado también muchos cambios, como por ejemplo el déficit de atención o la falta de silencio, al estar siempre conectados a dispositivos. Y, desde luego, la dictadura de lo inmediato. A nivel colectivo, ha conducido al problema de las *fakenews*, con la consecuente manipulación de la realidad; y, desde otra perspectiva, al riesgo que trae consigo el que cualquier persona pueda convertirse en *influencer* católico no por sus virtudes y vida de fe ejemplar, sino simplemente por tener un micrófono y una cámara desde los que llegar a miles de personas.

Nuevos paradigmas

Junto con todo lo anterior, y como consecuencia de ello, se están produciendo cambios en la escala de valores, **priorizando lo subjetivo sobre lo colectivo**. Surgen con fuerza nuevos valores –ecología, sostenibilidad, importancia de la mujer– que pueden darnos luz porque contienen elementos muy positivos, pero, al

mismo tiempo, mal entendidos, conllevan que se desvirtúe la realidad de las cosas. El culto a la imagen o la absolutización del género, son algunos ejemplos.

Como Iglesia debemos ser fieles a la doctrina recibida: acoger al diferente pero no bendecir el pecado; seguir llamando a la conversión. Podemos caer en el error de abrir posibilidades ante situaciones concretas, lo que nos lleva a que, según el sacerdote, haya unas u otras normas en temas sociales controvertidos, en sacramentos, en preparaciones catequéticas... Al final, se crea una realidad paralela, con la consiguiente confusión que esto tiene para los seglares.

4.2.- CONSECUENCIAS PARA LA IGLESIA DIOCESANA

Hemos de estar atentos a los signos de los tiempos. Nos adelantaremos a las amenazas en la medida en que las identifiquemos y pidamos ayuda si solos no podemos, empezando por la oración y poniéndolo todo en manos de Dios.

Tenemos la tentación de olvidarnos que es Dios quien guía la barca...y ahora la barca está en un mar revuelto. Es importante reflexionar, como estamos haciendo, sobre todos estos cambios; pero si nos quedamos simplemente en el análisis, todo seguirá igual... o peor.

Todas estas amenazas que hemos identificado tienen su manifestación en la creación de **obstáculos a la transmisión y vivencia de la fe** en relación con los cinco bloques sobre los que hemos estado discerniendo: formación, oración-liturgia, evangelización, caridad y comunión.

FORMACIÓN

Los obstáculos externos son los propios de la sociedad y cultura dominante en la actualidad: sin Dios, sin religión y, además, anticristiana; todo ello envuelto en algunas costumbres y tradiciones con tintes y referentes remotamente cristianos. No son pocos los bautizados que se consideran a sí mismos cristianos, pero que en su realidad existencial nada tienen que ver con Jesucristo, con su Palabra, con su Doctrina, con su Redención... Se autoconsideran buenos cristianos y, por tanto, sin necesidad de más formación, de más oración y liturgia, de más ejercicio de caridad, de más evangelización y de más de vivir y construir la comunión eclesial. El principal obstáculo externo es la ideología dominante, que está siendo interiorizada por no pocos creyentes. No tienen conciencia de la necesidad de Dios. No sienten deseos

ni ganas de crecer. Hacen y viven una religiosidad a su medida, y no necesitan más.

El materialismo consumista reinante genera autosuficiencia y desprecio por lo espiritual. Una sociedad que detesta hacerse preguntas o que silencia a quien las hace prefiere ofrecer respuestas prediseñadas o elaboradas en la fábrica de la posverdad. La ausencia de formación y conciencia de lo trascendente, en pos de una sociedad inmanentista del bienestar, está generando una ciudadanía cada vez más inmadura en la que impera la cultura del descarte. El descarte de Dios y del hecho religioso en la sociedad en general y en la vida de las personas es apoyado por corrientes del pensamiento moderno, por los medios de comunicación y sistemas educativos que van conformando una cultura y una forma de vida individualista y hedonista, contraria a la solidaridad y el bien común. Uno de los aspectos más agresivos del laicismo creciente es la aparición de un ateísmo militante y proselitista que, además, ha desarrollado una doctrina apologética destinada a combatir el cristianismo y cuyas consignas se repiten machaconamente en medios afines, calando poco a poco en la sociedad. De este modo, va penetrando en la Iglesia, en sus costumbres y, sobre todo, en sus miembros, en quienes se percibe un creciente secularismo de pensamiento que afecta a sus decisiones, a su visión de la realidad y ante la vida, y a su coherencia con el Evangelio y la fe de la Iglesia, produciéndose una clara pérdida de identidad. La fe se descafeína porque se descafeína la doctrina o, directamente, no se acepta, transformándose en una fe de eslóganes y prejuicios, sin fundamentación y a la carta. **La fe católica es presentada a menudo como “una más” dentro del mercado de las espiritualidades.**

Es la manifestación de la falta de compromiso por querer formarse. Hemos de ser conscientes de que, **sin formación, sin conocimientos que conduzcan a una más profunda comprensión de la fe y a una mayor identificación con Jesucristo**, no podemos dar respuesta a los nuevos retos.

Hemos de cuidar el contenido que se imparte en los colegios religiosos, en la clase de religión en la escuela pública, y el que se difunde en editoriales, seminarios, charlas, retiros, conciertos... Hay que revisar con constancia los contenidos y no fiarse de que lleve el nombre de cristiano, porque la ideología del mundo actual está impregnando todo y no es fácil encontrar contenido fiel a la doctrina en toda su extensión.

Resulta difícil a veces encontrar auténticos formadores, catequistas, religiosos... que combinen sapiencia doctrinal y vida probada de fe. En relación al profesorado

de religión se presentan dos retos: uno, encontrar laicos preparados de forma correcta y con vida de fe; y otro, que los sacerdotes lleguen de manera adecuada a las clases de religión, que muchas veces se convierten en zonas de cuidar a los niños el rato que están en clase, pero que no sirven realmente de formación en la historia y cultura cristianas. En relación a las catequesis, existe poca formación entre quienes de buena fe se lanzan a formar a nuestros niños y jóvenes, y se pueden dar errores doctrinales o morales graves.

Incluso, en el mejor de los casos, tenemos personas informadas, pero no formadas, que reciben pequeñas “píldoras” (X –antes Twitter–, titulares de prensa, TikTok, Facebook...), lo que dificulta la posibilidad de una formación sistemática a medio-largo plazo.

Todo ello, ciertamente, influye en la imagen que tiene la sociedad sobre la Iglesia, sobre todo por desconocimiento de la verdadera labor que realiza. Existe un cierto desprecio de la fe y de las prácticas religiosas; incluso no falta la ridiculización a algunos cristianos en sus ámbitos más cotidianos, como el laboral o el social. Esto lleva a un repliegue contrario al dinamismo misionero propio de la Iglesia. Hay un rechazo social a identificarse con la Iglesia, sobre todo entre adultos de edad media y jóvenes. La religión se considera enemiga del poder del Estado y es blanco de políticas restrictivas o que atentan contra la moral de la Iglesia, queriendo relegar la experiencia de la fe al ámbito privado.

Echamos, pues, en falta una formación auténtica de los agentes evangelizadores. Hemos de poner empeño en formar cristianos que vivan con esa conciencia todas sus realidades. Es importante y es vital estar bien formados. Quien conoce su fe, es capaz de dar razones de lo que cree. No todo es la formación, porque hay personas con poca formación a las que el Señor concede una fe profunda. Pero no debemos dejar de lado esta labor en un mundo desinformado, con prejuicios, con ideas contrarias a la verdad. Si nosotros no conocemos nuestra fe, no podremos enfrentarnos a las mentiras que nos rodean y, peor aún, no podemos comunicarla a los demás.

En particular, vemos necesario cuidar la formación de los sacerdotes, no solamente a nivel académico, sino también a nivel humano. ¿Por qué tanta crisis en los sacerdotes jóvenes? ¿Por qué tanta desafección con el mundo actual?

Para llegar a influir en la disolución –o atenuación– de los obstáculos exteriores, habría que realizar una gran campaña de reevangelización interna en la Diócesis, en la que se vuelva a proclamar el “*kerygma*” inicial y las consecuencias radicales

que implica su acogida y aceptación personal, familiar y social. Esa campaña debería ir acompañada de una intensa y extensa campaña de oración y penitencia desde los monasterios de clausura hasta las parroquias, movimientos, asociaciones, grupos, hermandades y cofradías. **La etapa pre-sinodal puede ser una ocasión excelente para poner a toda la Iglesia Diocesana en estado de evangelización y autoevangelización.** Desde ese planteamiento se estaría respondiendo a las amenazas externas que estamos identificando.

ORACIÓN/LITURGIA

Como ha sido señalado en distintas ocasiones, vivimos un ambiente altamente secularizado en el que, entre otros síntomas, destacan los prejuicios, la pérdida de confianza y una cierta beligerancia, sobre todo ideológica, ante la Iglesia; el desconocimiento de la Palabra de Dios; la devaluación del sentido de trascendencia; la indiferencia religiosa, etc. La Iglesia se presenta como un estereotipo del pasado ya superado cuyas propuestas no responden a las necesidades actuales e incluso se oponen a los derechos sociales. En definitiva, se le ve como una intrusa en determinados aspectos sociales, poco atractiva, desfasada y envejecida.

Otras dificultades provienen de que hoy hay poca capacidad para la concentración, para la reflexión, para mirar adentro, para abrirse al mundo espiritual, lo que conlleva que no se sabe orar, pasar un tiempo dedicados al Señor. Hay mucha dificultad para entrar en la adoración por la falta de silencio, por la sobreestimulación. También resulta complicado desligarse de los sentimientos para alcanzar la profundidad de la oración. Cuesta igualmente perseverar porque no se ven resultados inmediatos. La inmediatez y la rapidez con la que vivimos, conlleva que no disfrutemos de las celebraciones; que no pongamos en valor la belleza de la liturgia en las celebraciones. **El creciente emotivismo no nos permite ofrecer un proyecto de oración y liturgia más continuo y profundo.** Parece que tenemos que responder a la demanda del mundo y no a lo que Dios nos pide.

Hace falta mistagogia. La liturgia no se explica lo suficiente para que la gente pueda entenderla e interiorizarla, pues falta cultura religiosa. Es muy habitual ver cómo en muchas misas los fieles no se arrodillan, por puro desconocimiento, en la consagración o ante el Sagrario.

La oración comunitaria parroquial no es una práctica habitual en muchas parroquias, por lo que es una gran desconocida, al igual que el rezo del santo rosario,

que muchos cristianos ven como rezo de mujeres mayores. Una de las grandes amenazas es dar por sentado que un cristiano puede vivir exclusivamente su fe en los cuarenta y cinco minutos de la misa dominical, y que el resto del tiempo semanal no es necesario alimentar el espíritu.

Debemos repensar cómo transmitir la vivencia de la fe desde la práctica de los sacramentos y la celebración litúrgica.

CARIDAD

Un vistazo a la realidad que nos rodea evidencia que cada vez hay más personas con dificultades económicas y con necesidades de todo tipo, no solo materiales, sino también psicológicos y espirituales. Sin embargo, **los propios cristianos no nos identificamos con la caridad universal ni con el bien común.** -No conseguimos desterrar la idea de dar de lo que me sobra para pasar a compartir con corazón de hermano. Falta empatía con el que se tiene al lado. Nos hemos acostumbrado a convivir con necesidades que no son nuestras, sino de los demás, y que apenas nos commueven.

Ello es manifestación de la falta de compromiso de los cristianos, que no queremos salir de nuestro *estado de confort*. Cuesta comprometerse más allá de lo imprescindible. El ritmo vertiginoso de nuestra cultura actual no nos deja apenas tiempo para el compromiso con los demás.

Al mismo tiempo, no se tiene presente la importante obra social de la Iglesia, más allá de Cáritas, y eso deriva en una desconexión por desconocimiento, lo que conlleva a que se rechace marcar la X de la Iglesia en la declaración de la renta o a no contribuir económicamente de otros modos –o socialmente desde el voluntariado– con el compromiso social que la Iglesia mantiene por entender que ese dinero no se destina a caridad u obras sociales, sino a otros fines, lo que crea rechazo y recelos.

Junto con ello, existe una consideración errónea de la figura del pobre y de lo que es la caridad, que lleva a que miremos más la inmediatez de una respuesta asistencial y no tanto los procesos que activan una “caridad efectiva”; ello puede afectar al modelo de acción social de Cáritas y a nuestra propia relación con aquellos que necesitan de nuestra caridad. Además, genera discrepancias internas respecto a los criterios y pautas en la acción socio-caritativa compartida. **Lograr que la dignidad de la persona sea el centro de nuestra acción social es un reto y la acción**

caritativa no se improvisa.

Son muchas las manifestaciones de esta forma de relacionarnos con la pobreza: la inconstancia, que tiene como base un emotivismo que hace que las personas se movilicen mucho cuando sucede alguna desgracia, pero se pasa pronto, en la medida en que deja de aparecer la noticia en los medios de comunicación; o el entendimiento de la caridad como dar cosas materiales a personas que lo necesitan, pero sin darnos a nosotros, sin ofrecer acogida, compañía, cercanía y cariño. Preocuparnos de esto es una tarea prioritaria incluso antes que la ayuda material. La Cáritas de la Iglesia es un instrumento que va muy por delante de otras formas de ayuda, se podría extender más la participación activa de los movimientos en un proyecto común.

Hemos de esforzarnos por estar cerca de las personas, acompañándolos en sus situaciones, integrándolos en sus vidas y preocupándolos realmente por sus problemas y dificultades. Así es como nos adelantaremos a esa creciente ola de soledad que está derivando en enfermedades como la depresión o, incluso, el suicidio y la eutanasia, que va ganando aceptación como consecuencia de esta soledad que embarga al ser humano. Muchos cristianos necesitan que la Iglesia se acerque más a ellos, que no sean un bulto o un número más. Es necesaria una Iglesia más cercana, que sea Madre, que sepa escuchar, que transmita el amor de Aquél que la sostiene.

EVANGELIZACIÓN

Es difícil evangelizar a una sociedad deschristianizada que acude a los sacramentos como un acto social sin tener un fundamento cristiano que los mueva. Se ha perdido interés por la Palabra de Dios; los sermones, en vez de ayudar, cansan. Estamos muy poco acostumbrados a reflexionar y a orar. Por ello, todo lo que se refiere a Dios cae en saco roto. La superficialidad en la que nuestra gente se mueve impide que la semilla de la Palabra de Dios germe y dé fruto en el corazón humano. A esta cuestión hay que sumar la falta tan patente de evangelizadores, en número y en formación. Ello, sin entrar en el tema moral, del cual muchos cristianos ya no son conscientes.

La poca presencia y actividad de la vida de la Iglesia en los medios digitales sigue poniéndonos en el desafío de avanzar adecuadamente en este espacio de evangelización y encuentro que permite salvar distancias. Sin embargo, esta cultura mediática también acarrea algunas amenazas. Esta ansiedad y aceleración por

"estar al día" en el uso de los medios puede hacer perder la carrera de fondo que supone la tarea cotidiana, a través de instrumentos sencillos y austeros. Esto exige, pues, un adecuado equilibrio.

A todo ello se une la falta de formación y compromiso en la evangelización. Nuestra Iglesia en Europa tiene un rostro cada vez más envejecido y hace falta el vigor de gente con más vitalidad que se comprometa en la evangelización.

Existe poca apertura a experiencias de fe y de Iglesia. Hay prejuicios, desconocimiento, falta de tiempo para el acompañamiento al otro, falta de perseverancia en una realidad o movimiento...

Hay muchas realidades en las que una misma persona puede colaborar y esto hace que se dispersen las fuerzas y no se llegue realmente en profundidad a ninguna.

Nos encontramos con una diócesis sin un plan general de evangelización, en donde la gran mayoría de las parroquias se limitan a una pastoral de "mantenimiento". Trabajan para los que ya están, no para salir a las periferias a buscar a los alejados y a los que no conocen al Señor. Por eso es necesario establecer un plan director de evangelización para configurar una auténtica Iglesia en salida, pero real, no como titular o slogan.

Por otro lado, constituye un obstáculo a la transmisión de la fe la proliferación de las noticias falsas o distorsionadas, en las que se globaliza una visión deforme, manipulada e interesada de la vida de la Iglesia, y que, entre otras prácticas, filtran titulares sobre hechos ocurridos –o presuntamente ocurridos– en otras Iglesias particulares, generalizando una opinión pública contraria. Lo bueno de la Iglesia se silencia, lo malo se magnifica. Los usuarios de la información toman como dogmas opiniones de columnistas y tertulianos a menudo poco formadas. Disminuye la capacidad crítica, la búsqueda sincera de la verdad y el ejercicio del discernimiento.

Hay que tener presente todo lo anterior porque, de otro modo, nos desgastamos y no llegamos a nuestros destinatarios. Creer que seguimos en sociedad de cristiandad es un gran error. Entender que lo que tenemos que hacer es estar sentados en el despacho, esperando a que vengan los feligreses, conduce a la extinción. Hay un claro peligro de ruptura con todo lo anterior, con la verdadera tradición de la Iglesia. Peligro de quedarnos en el emotivismo y no profundizar, no formar verdaderos cristianos, y de tener una doble vida: la fe es una cosa y la vida es otra..., porque no se conocen ni se practican las verdades evangélicas ni el magisterio social de la Iglesia.

En definitiva, **carecemos de audacia evangélica, decisión y atrevimiento sobrenatural, valentía y libertad evangélicas**. Tenemos muchísimas fortalezas, pero nos falta fervor evangélico para desarrollar y multiplicar los talentos. El fervor brota de la oración, del encuentro personal e íntimo con el Señor, que se convierte en entusiasmo. Ese es el fervor que se puede convertir en el testimonio que responda a las nuevas necesidades de hoy. No son doctrinas racionales, ni dogmas definidos, ni ritos convencionales... Es el fervor entusiasmante del encuentro con el Señor, que se expresa en oración, en liturgia, en evangelización, en caridad, en comunión...

Para ello es preciso crear espacios y estructuras de acogida y acompañamiento. En nuestra Iglesia diocesana se echan de menos enfoques y argumentos más abiertos para propiciar el encuentro desde la consideración y el diálogo sincero con colectivos hoy de gran pujanza, alejándonos un poco de los enfoques tradicionales sin por ello desterrarlos o menospreciarlos y, por supuesto, sin perder nuestra esencia.

La etapa pre-sinodal puede ser una ocasión preciosa para que todos los diocesanos –que tengan una suficiente conciencia de pertenencia eclesial– puedan ser invitados a experimentar esa renovación. Desde esa renovación, y con la experiencia de la celebración del Sínodo Diocesano y sus conclusiones, se podrá responder a las necesidades de hoy como Iglesia diocesana desde la comunión.

COMUNIÓN

El individualismo afecta también a nuestra Iglesia; **podemos caer –y, de hecho, caemos– en la tentación de ir cada uno de nosotros por libre**. No vivimos plenamente la conciencia de que cada uno de nosotros es llamado a una concreta misión, única, desde una profunda adhesión a Jesucristo y una fuerte vinculación a la Iglesia. Nos hace mucha falta la sinodalidad, entendida como trabajo en comunión de todo el Pueblo de Dios, unido en la misión. La predicamos, pero no la vivimos en los actos concretos y ordinarios de nuestros apostolados. El cristianismo primitivo tuvo su desarrollo por el testimonio de los cristianos (“mirad cómo se aman”). Esta realidad no se refleja en nuestra Iglesia actual. Nos criticamos, nos censuramos, nos mostramos divididos, nos cerramos en nosotros mismos....

Falta visión de unidad y ello desemboca en una cierta rivalidad ante lo que se considera mejor. Subyace un pensamiento de que nos quitan gente de nuestra parcela particular. Se tiende a “pescar en pecera” y esta realidad se termina. Pueden aparecer “egos” agrandados y pensar más en números que en la salvación. Hay

sacerdotes involucrados en una sola realidad que no acompañan a otros fieles o que desatienden otras labores parroquiales por poner sus fuerzas en las que parecen dar más importancia. Siendo un don la aparición de movimientos y nuevas realidades eclesiales, puede convertirse en algo negativo si esta pertenencia se convierte en aislamiento y polarización.

No existe un conocimiento fiel de las distintas realidades y grupos o movimientos entre los propios cristianos; sabemos de su existencia, pero no de sus carismas, modos y formas de vivir la fe, por lo tanto, lo que no se conoce no se puede querer ni promocionar. Seguimos trabajando y viviendo en nuestro pequeño reducto de grupo, parroquia, amigos y se ha perdido la idea de comunidad por no fomentar el sentimiento de Iglesia, diocesana, española y universal.

La excesiva digitalización ha generado distancia social y dificultad para un verdadero encuentro y la relación “tú a tú”. En ocasiones, la comunicación tiene por destino o receptor al propio emisor. Así, nos encontramos con una comunicación hedonista, muy centrada en la imagen, que deja de mirar al interlocutor –muchas veces desconocido– y, por tanto, ignora sus necesidades. Además, ha generado nuevas dependencias y adicciones, como las apuestas deportivas, los juegos en red o el ciber porno, y nuevas formas de violencia, como el ciberacoso.

No damos los pasos necesarios para aceptar al otro como es. Nos cuesta trabajar con quien no piensa como nosotros. La comunión es un reto y una tarea que se tiene que concretar día a día. Nuestras Eucaristías se convierten en ritualidad y no en sacramento de comunión.

Un obstáculo para el desarrollo de la dimensión sociopolítica de la fe es ese concepto y vivencia de la política actual, que se ha convertido en un espectáculo que prescinde de la vocación de servicio, de la pasión por lo común, de la búsqueda de la cooperación y el diálogo. Efectivamente, la política ha perdido su auténtico significado y dimensión de servicio, ha dejado de ser una manera concreta de ejercer la caridad, promoviendo leyes al servicio del bien común, del cuidado de la vida y la protección y promoción de los débiles y desfavorecidos. Por el contrario, la nueva forma de gobernar se sirve de la legislación para imponer sus criterios a golpe de decreto y sin buscar ningún tipo de consenso y prescindiendo de la verdad de las cosas.

En nuestra Iglesia diocesana en estos momentos corremos el riesgo de caer en una falta de comunión (división entre las comunidades, delegaciones, movimientos;

falta de sentimiento de Iglesia diocesana). Hay un claro peligro de etiquetarnos ("yo soy de"), pero sin sabernos comunidad. **Necesitamos volver a ser una familia;** unidos, desde la fe, pero también el ocio, el compromiso, el compartir vida... Y sin olvidar la formación, donde también se nos dé la palabra. Es primordial que no se hagan actividades solo de escuchar, sino que es importante fomentar encuentros en los que hablemos, nos impliquemos, nos ilusionemos con lo que hacemos.

En definitiva, hemos de promover espacios reales para la comunión entre las diversas realidades desde lo que nos une y no desde lo que nos separa.

EN TODO, CONVERSIÓN PERSONAL Y CONVERSIÓN PASTORAL

Contamos con estructuras, pero no siempre son efectivas ni eficaces. Gastamos mucho tiempo y recursos en reuniones y acciones que no dan fruto. No tenemos marcada una línea clara de acción en la Diócesis, hacia la que caminemos todos en comunión. Este Equipo de Discernimiento Comunitario no tendría que ser algo excepcional. Debería haber un equipo o consejo que analice estas situaciones y proponga cambios y líneas de trabajo, concreciones, que de verdad se lleven a cabo en la diócesis. **Necesitamos una conversión pastoral auténtica liderada por nuestro arzobispo.**

Junto con ello, no hay una apuesta real por el laicado. En las parroquias no se promueven equipos de vida o pequeñas comunidades en las que los laicos puedan formarse de forma sistemática, vivir y compartir su fe, expresar sus inquietudes, descubrir su misión a transformar el mundo... Sin un laicado maduro no se puede hacer frente a estas "amenazas" ni a las necesidades de las personas en el mundo de hoy.

Hay que revisar el estado de las parroquias. La falta de cristianos implica una reorganización en la Iglesia y en sus respectivas instituciones.

Debemos promover un auténtico testimonio y coherencia de vida en todos nosotros. El hombre y la mujer de hoy necesitan de testigos de la verdad, de la belleza; necesitan saber que existen, que hay esperanza detrás de todas las realidades de maldad que nos rodean. Necesitamos, por lo tanto, ser testigos de la esperanza, de que el sufrimiento no nos desespera ni nos mata, de que el mal ha sido vencido. Y esto se hace desde el tú a tú, desde el día a día. Está bien realizar experiencias, pero si no somos capaces de llevar a cabo un seguimiento de las personas que allí

conocemos y a las que abrimos un espacio nuevo, estaremos fracasando y, peor aún, las estaremos dejando solas. Hemos de perseguir la autenticidad, ser testigos reales que puedan dar testimonio de una fe vivida que nos salva. Con alegría y sin perder la paz. Vivir en comunidad de vida sin esquizofrenias vitales porque somos cristianos en casa, en el trabajo, es un todo que no se rompe. Todo ello, en una comunidad. Nadie puede caminar sólo.

Nuestros sacerdotes han de tener menos “cosas que hacer” y más tiempo para acompañar a las personas y profundizar en aquello que hacen.

En definitiva, hemos de **volver al modo evangélico**: poner el foco en el ser y no en el hacer. No contabilizar números, sino ser capaces de acompañar fielmente en el tiempo a quienes tenemos a nuestro alrededor.

4.3.- REDESCUBRIR NUESTRA MISIÓN

La Iglesia es el proyecto de Dios para la salvación de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Nadie hace exactamente lo mismo que nosotros. El contenido, la grandeza del mensaje que tenemos, no lo tiene nadie. El continente, las formas o maneras de transmitir, es posible que las tengan mejores. Pero no hemos de olvidar que contamos con la fuerza del Espíritu Santo, que va siempre por delante de nosotros y nos impulsa a llevar el mensaje, y que el Reino de Dios es una semilla que, esparcida en la tierra, brota y crece sin saber cómo (aparentemente, pues sabemos que es por la acción del Espíritu). La Iglesia Católica tiene muchas fortalezas y lo está haciendo bien en muchos ámbitos, pero necesita una renovación en sus estructuras, en su forma de gestionar, incluso en su imagen.

En este sentido, podemos aprender de otras personas y colectivos para mejorar la forma en que llevamos a cabo nuestra misión. De nuestros hermanos cristianos evangélicos, por ejemplo, podemos aprender en relación con los siguientes aspectos: 1) dar más importancia y centralidad a la Palabra de Dios, y reforzar el conocimiento de la Biblia como palabra viva y palabra de salvación (entre nuestros cristianos católicos hay mucha falta de conocimiento y de interés por la Sagrada Escritura); 2) dar más importancia a la música cristiana, desde la sensibilidad actual, como cauce de transmisión de la fe; 3) cuidar más la acogida y el acompañamiento, partiendo de la importancia y el valor de cada persona, de la persona concreta, con su realidad, con sus problemas, con sus ilusiones y esperanzas; 4) el sentido de comunidad, pues nos hace falta más sentido de pertenencia dentro de nuestras

comunidades, dado que a veces tomamos la fe como un consumismo que satisface nuestras necesidades espirituales al margen de lo que es de verdad la Iglesia, que es una comunidad de fe y de vida; 5) son iglesias que animan, que viven la fe con gran alegría... (en cambio, en el caso de la Iglesia Católica, en muchos sitios la alegría no es características y eso aleja); 6) se sienten orgullosos de ser cristianos y hablan de Cristo con naturalidad y de forma asidua en sus conversaciones; son motivadores en sus discursos y sus mensajes; 7) en el tema de la caridad, no deja de resultar sorprendente que algunos cristianos evangélicos que acuden a Cáritas señalen que: "mi iglesia me da la palabra, y vosotros el pan"; 8) cuentan con un plan de acción y evangelización mucho más real y eficaz y eso se ve en el número de católicos que cada vez abandonan más la iglesia para unirse a grupos de iglesias evangélicas, porque no hemos sido capaces de llegar a ellos a través de las distintas realidades de cada uno. Como gran ejemplo se puede ver en todo el pueblo gitano.

Nuestra Iglesia debería salir más y estar más presente en las realidades cotidianas que afectan a los feligreses. **Estamos acostumbrados a las masas y menos a las personas.**

Junto con ello, hay muchas iniciativas, movimientos, ONG's, que están realmente comprometidas con el desarrollo humano, ofreciendo programas creativos y de vanguardia. A veces da la sensación de que nos falta más ilusión en lo que hacemos y más originalidad. Somos muy proclives a institucionalizarlo todo y a hacerlo como siempre se ha hecho. Otras ONG's como puede ser Cruz Roja, invierten recursos en imagen, en visibilizar lo que hacen... Nosotros todavía tenemos la tendencia de malinterpretar el consejo evangélico de que "lo que haga tu mano derecha no lo sepa la izquierda"; lo que no se conoce no existe.-

La estrategia comunicativa es mejorable. Actuamos por reacción y no de forma propositiva, transmitiendo la belleza de nuestro mensaje. Hemos de aprender del marketing de hoy y de las modernas redes sociales a la hora de compartir la buena noticia. Entre otras cosas que el mensaje sea claro, corto, directo e impactante, pero sin perder nuestra identidad, porque existe la tentación de "mundanizarnos" demasiado en la comunicación.

En los últimos años estamos incorporando en nuestras parroquias formas celebrativas y asamblearias caracterizadas por la sobreexaltación de lo testimonial y emocional, innovaciones provenientes de América- y que pueden ser muy útiles para nosotros como forma de primer anuncio y de reenganche con tantas personas

alejadas hoy de la Iglesia si acertamos a establecer el puente entre “el intenso y fugaz fogonazo de la bengala” y el acompañamiento desde la integración en una comunidad, con un compromiso evangélico tendencialmente integral, es decir, abierto a todos –sea cual sea su movimiento o forma de vivir y expresar la fe– y- con la atención a los pobres y desfavorecidos como clave- imprescindible de identidad; de lo contrario, no servirá de nada.

Aunque la Iglesia no es una organización al uso, ha de cuidar el aspecto organizativo. Nombramientos sin experiencia, construcciones sin sentido, dinero mal administrado, deficiente gestión de recursos humanos...

Son muchos más los aspectos en los que podemos aprender de otros: actuar sin complejos (somos portadores de la Verdad, de la bondad, de la belleza, de la salvación, que el mundo necesita); actuar sin buscar a toda costa agradar en vez de procurar la salvación para el otro. Inculturar la fe no significa adaptarse a lo que socialmente está bien visto; tenemos que mantener lo que nos ha sido dado como luz en medio de la oscuridad, el depósito de la fe. Nos tenemos que creer verdaderamente que somos portadores de la verdad, ser testigos en nuestro día a día, poner el foco en los cercanos, en vivir la fe con la familia, los amigos, en el trabajo, ser testigos convencidos y evangelizar desde este testimonio, profundizar en la labor de acompañamiento y reforzarla, ser capaces de realizar una buena acogida, sin juzgar, sin crear grupos cerrados, valorar a quienes están en la comunidad, reunirse para profundizar en la fe, dar tanta importancia a la formación como a la convivencia, ya que si una de las dos cojea, se corre el riesgo de no ayudar a una buena vivencia de fe.

En definitiva, deberíamos tener en nuestra Iglesia diocesana **una actitud más positiva y activa para el aprendizaje de los demás**. Como hemos expresado con anterioridad, las fortalezas que posee nuestra Iglesia Diocesana se pueden tornar en debilidades por la propia autorreferencialidad. Sin embargo, afirmar la necesidad de aprender de otros no impide manifestar que hemos de tener cuidado por el peligro de mundanizarnos con esquemas ajenos a los criterios del Evangelio.



Archidiócesis de Toledo